

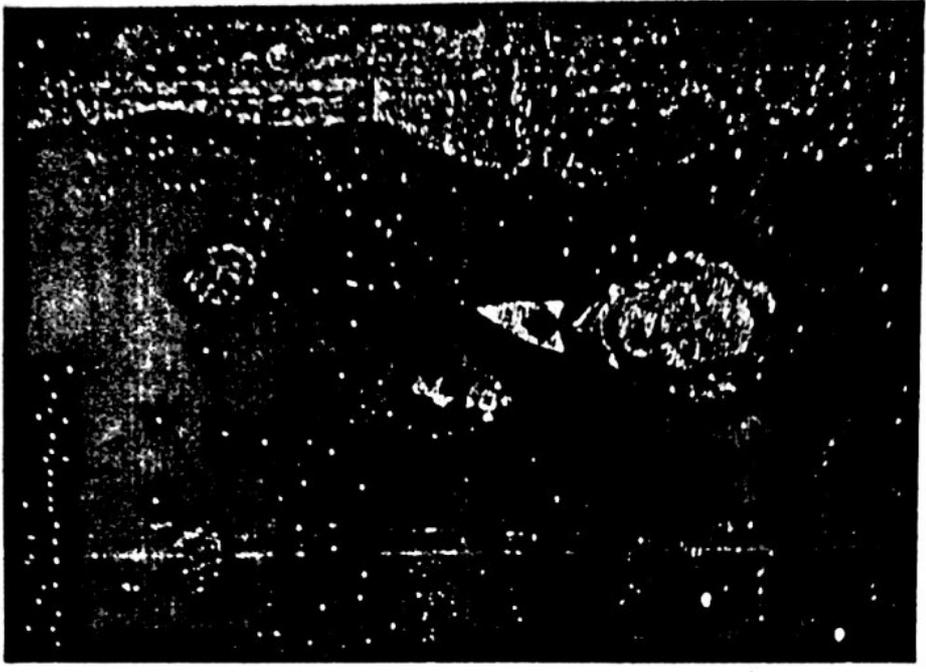
Lectura 10

LEOPOLD VON RANKE

PUEBLOS Y ESTADOS

en la historia moderna

Con un estudio de
C. P. Gooch
C. P. GOOCH



L. von Ranke



FONDO DE CULTURA ECONOMICA
México

SOBRE LAS EPOCAS EN LA HISTORIA

CONFERENCIA PRIMERA

INTRODUCCIÓN

ANTES DE ENTRAR en el fondo de esta serie de conferencias, conviene ponerse de acuerdo acerca de dos cosas: la primera es el punto de partida de que hemos de arrancar, la segunda los conceptos fundamentales a que vamos a atenernos.

Por lo que se refiere al punto de partida, nos llevaría demasiado lejos, para el fin que aquí perseguimos, retrotraernos a tiempos muy remotos, a situaciones completamente desplazadas, que aunque ejercen una influencia innegable sobre los tiempos actuales, no influyen en ellos sino indirectamente. Por eso, para no perdernos en problemas puramente históricos, arrancaremos de la época romana, en la que se da ya una combinación de los más diversos factores que aquí nos interesan.

Dicho esto, pasamos a los conceptos fundamentales. Y, en este respecto, es necesario que, antes de entrar en materia, procuremos esclarecer, en primer término, el concepto del progreso en general y, en segundo lugar, lo que, en relación con ello, debe entenderse por "ideas directrices."

1. CÓMO DEBE ENTENDERSE EL CONCEPTO DE "PROGRESO" EN LA HISTORIA

Quien esté dispuesto a aceptar, con ciertos filósofos, que la humanidad ha ido desarrollándose desde su estado primitivo hacia una meta positiva, puede concebir esta evolución de uno de dos modos: o dando por supuesta la existencia de una voluntad general que dirige y orienta la evolución del género humano desde un punto a otro, o entendiéndolo que la humanidad está dotada, por decirlo así, de una naturaleza espiritual que hace que las cosas marchen necesariamente hacia un determinado fin.

A nuestro juicio, ninguna de estas dos concepciones es filosóficamente sostenible ni históricamente demostrable. En el terreno filosófico, no puede aceptarse ninguno de estos dos puntos de vista: el primero, porque equivaldría a suprimir en absoluto la libertad humana y a convertir a los hombres en instrumentos carentes de voluntad; el segundo, porque nos obligaría a admitir que los hombres son dioses o no son nada.

Pero tampoco en el terreno histórico son susceptibles de demostración estos dos criterios. Por dos razones. En primer lugar, la mayor parte de la humanidad no ha salido todavía de su estado primitivo, es decir, del punto de partida. En segundo lugar, habría que preguntarse: ¿qué es el progreso? ¿En qué se conoce el progreso de la humanidad?

Hay elementos de la gran evolución histórica que aparecen plasmados en la

nación romana y en la germánica; aquí, manifiéstase desde luego un poder espiritual que va desarrollándose de etapa en etapa. Más aún, no puede negarse que a través de toda la historia actúa una especie de poder histórico ejercido por el espíritu humano; es un movimiento que arranca ya de los tiempos primitivos y que puede seguirse a lo largo de la historia con ciertas características de continuidad. Sin embargo, nos encontramos con que sólo un sistema de pueblos de los que forman la humanidad participan en este movimiento histórico general, del que otros quedan excluidos. E incluso las nacionalidades inscrites dentro de este movimiento histórico general distan mucho de recorrer un camino de progreso constante. Si nos fijamos, por ejemplo, en el Asia, vemos que este continente, cuna de la cultura, recorre varias épocas culturales. Pero, en él el movimiento es más bien regressivo que progresivo. La época más antigua de la cultura asiática es, en efecto, la más floreciente; la segunda época y la tercera, en la que predominan el elemento griego y el romano, presentan ya un nivel mucho más bajo, y con la irrupción de los bárbaros —de los mongoles— podemos decir que termina por completo la cultura en el Asia. Se ha tratado de recurrir, para salir al paso de este hecho, a la hipótesis del progreso geográfico; pero hemos de condenar de antemano como una conjetura vacía de todo sentido la tesis, que sostiene por ejemplo Pedro el Grande, de que la cultura va dando la vuelta a la tierra, de que arranca del oriente para retornar a él.

En segundo lugar, conviene evitar, en este punto, otro error: el de pensar que la evolución progresiva de los siglos abarque simultáneamente todas las ramas del saber humano. La historia nos demuestra, para destacar solamente un punto, que en la época moderna el arte alcanza su máximo florecimiento en el siglo XV y en la primera mitad del XVI y llega a su más profunda decadencia a fines del XVII y en las primeras tres cuartas partes del XVIII. Exactamente lo mismo ocurre con la poesía; hay también momentos en que este arte resurge, pero sin que ello quiera decir que vaya elevándose gradualmente en el transcurso de los siglos hasta convertirse en una potencia de orden superior.

Dejando a un lado, como vemos que es necesario hacer, toda ley geográfica de desarrollo y admitiendo por otra parte, ya que la historia nos lo enseña, que pueden decayr y morir ciertos pueblos en que la línea iniciada de progreso no abarca continuamente todas las manifestaciones de vida, comprendemos mucho mejor en qué consiste realmente el movimiento progresivo del género humano. Consiste, sencillamente, en que las grandes tendencias espirituales que dominan la humanidad tan pronto se superan las unas a las otras como se enlazan entre sí. Ahora bien, en estas tendencias se destaca siempre una determinada dirección particular, que predomina y se impone, al paso que las demás pasan a segundo plano. Así, por ejemplo, en la segunda mitad del siglo XVI predominaba de tal modo el elemento religioso, que relegó a segundo término el elemento literario. Por el contrario, en el siglo XVIII pasa mucho terreno el elemento utilitario y hace retroceder al arte y a las demás actividades a éstas.

En cada época de la humanidad se manifiesta, por tanto, una gran tendencia

dominante, y el progreso no consiste en otra cosa sino en que cobre cuerpo en cada período histórico un cierto movimiento del espíritu humano que destaca ora una tendencia ora otra y se manifiesta en ella de un modo peculiar.

Quiénes sostienen, en contradicción con el punto de vista aquí mantenido, que este progreso consiste en que la vida de la humanidad vaya potenciándose a lo largo de las épocas y en que, por tanto, cada generación sea superior en un todo a la que la precede, lo que vale tanto como decir que la última de ellas sería la privilegiada y que las anteriores no harían otra cosa que prepararle el terreno y allanarle el camino, atribuyen una gran injusticia a la divinidad. Estas generaciones mediocritizadas, por decirlo así, carecerían de toda importancia sustantiva; sólo valdrían, de ser eso cierto, lo que valiesen como puentes o escalones para la generación siguiente; no mantendrían ningún contacto directo con la divinidad. Esto no puede admitirse. Toda época tiene un valor propio, sustantivo, un valor que debe buscarse, no en lo que de ella brote, sino en su propia existencia, en su propio ser. Es esto lo que da a la historia, y concretamente al estudio de la vida individual dentro de ella, un encanto especial, lo que hace que cada época deba ser considerada como algo con validez propia y que encierra un interés sustantivo innegable para la investigación.

Por consiguiente, el historiador deberá fijarse, fundamentalmente y por encima de todo, en el modo de vivir y de pensar de los hombres de un determinado período; si lo hace así, verá que, independientemente de las grandes ideas luminosas y eternas, por ejemplo de la idea moral, cada época tiene su tendencia específica y su ideal propio.

Ahora bien, aunque cada época tenga de por sí su propia razón de ser y su propio valor, esto no quiere decir que haya de perderse de vista lo que de ella brota, lo que llega a la posteridad. Por eso, en segundo lugar, el historiador debe observar también la diferencia existente entre las distintas épocas, para llegar a comprender la necesidad interior de su entronque y sucesión. Desde este punto de vista, es innegable la existencia de cierto progreso; pero no nos atreveríamos a afirmar que este progreso se presente en línea recta; más exacto sería representarlo como un río que va abriéndose paso a su modo por entre los obstáculos que tratan de cerrarle el camino. La divinidad —si se nos permite emplear esta expresión—, como no conoce el concepto del tiempo, abarca con su mirada toda la humanidad histórica en conjunto, sin establecer en ella diferencias de valor. No puede negarse que la idea de la educación del género humano tiene tierra razón de ser; pero ante Dios, todas las generaciones de la humanidad son iguales, tienen idéntico valor, y ese debe ser también el punto de vista del historiador.

Si cabe admitir un progreso incondicional, una curva ascendente clara y manifiesta, hasta donde nos es dado seguir el curso de la historia, en lo que toca a los intereses materiales, entre otras razones, porque todo progreso operado en este terreno lleva aparejada una enorme conmoción. Claro está que también las ideas morales pueden progresar en esta esfera; así, por ejemplo, puede afirmarse, refiriéndonos

a lo espiritual, que las grandes obras de la literatura y el arte son conocidas y gozadas hoy por mucha más gente que en otro tiempo; pero sería ridículo tratar de superar la personalidad de Homero en la epopeya o la de Sófocles en la tragedia.

2. QUÉ DEBE PENSARSE DE LAS LLAMADAS IDEAS DIRECTRICES EN LA HISTORIA

Los filósofos, principalmente la escuela hegeliana, han expuesto acerca de estas ideas según las cuales la historia de la humanidad va desarrollándose, en lo positivo y en lo negativo, como un proceso lógico hecho de tesis, antítesis y síntesis. Pero la escolástica devora la vida, y así, esta concepción de la historia, este proceso del espíritu que va desarrollando por sí mismo con arreglo a diferentes categorías lógicas, vendría a reducirse, en último término, al punto de vista que ya hemos rechazado. Dentro de esta concepción, sólo la idea tendrías vida propia y sustantiva y los hombres quedarían reducidos a simples sombras o esquemas, a los que la idea infundiría vida. La teoría según la cual el espíritu universal crea las cosas, en cierto modo, por medio del engaño y se vale de las pasiones humanas para alcanzar sus fines entraña una idea altamente indigna de Dios y de la humanidad; además, consecuentemente desarrollada, esta teoría sólo puede conducir al panteísmo; la humanidad, así concebida, es como el Dios que se engendra a sí mismo por medio de un proceso espiritual que va implícito en su propia naturaleza.

Por eso, nosotros no podemos entender por ideas directrices otra cosa que las tendencias dominantes en cada siglo. Ahora bien, estas tendencias sólo pueden ser descritas, pero no reducidas en última instancia a un concepto; de otro modo, reincidiríamos de nuevo en lo que ya hemos rechazado como falso.

La misión del historiador consiste en ir desentrañando las grandes tendencias de los siglos y en desenrollar la gran historia de la humanidad, que no es sino el complejo de estas diversas tendencias. Desde el punto de vista de la idea divina, sólo acertamos a representarnos esto de un modo: concibiendo la humanidad como un resoro infinito de evoluciones recónditas que, poco a poco, van saliendo a la luz, con arreglo a leyes desconocidas para nosotros, misteriosas y mucho más grandes de lo que generalmente se piensa.

Dialogo

El rey.—Ha hablado usted de progreso moral. ¿Ha querido referirse también, con ello, al progreso interior del individuo?

Ranke.—No, solamente al progreso de la humanidad en su conjunto. El individuo, por su parte, va elevándose necesariamente a un plano moral cada vez más alto.

El rey.—Pero, cómo la humanidad se halla compuesta por individuos, cabe

preguntarse si al elevarse el individuo a un plano moral cada vez más alto, no abarcará también este progreso a toda la humanidad.

Ranke.—El individuo nure, pues su existencia es finita; la humanidad, en cambio, tiene una existencia infinita. En lo material admito un progreso, pues aquí lo uno engendra lo otro; no así en lo moral. A mi modo de ver, la verdadera grandeza moral de cada generación es igual a la de las otras, sin que en punto a la grandeza moral existe ninguna potencia superior; así, por ejemplo, no podríamos nosotros superar la grandeza moral del mundo antiguo. Ocurre a veces, e incluso con frecuencia, en el mundo del espíritu, que la grandeza intensiva se halle en razón inversa a la extensiva; basta comparar nuestra literatura con la de los clásicos.

El rey.—¿Pero, no debemos suponer que la providencia, sin detrimento del libre albedrío del hombre, ha trazado a la humanidad en su conjunto cierta meta hacia la que aquélla se encamina, aunque no sea por la violencia?

Ranke.—Es esa una hipótesis cosmopolita, no susceptible de demostración histórica. Tenemos, por ejemplo, la profecía de la Sagrada Escritura según la cual llegará el día en que sólo habrá un pastor y un rebaño; pero, hasta hoy, no ha resultado ser éste el rumbo dominante en la historia universal. Un ejemplo de ellos lo ofrece en la historia del Asia, que después de épocas de esplendoroso florecimiento, ha vuelto a caer en la barbarie.

El rey.—¿Pero no es hoy, a pesar de todo, mucho mayor que antes el número de individuos que han alcanzado un nivel moral superior?

Ranke.—Lo concedo, pero no en el terreno de los principios, pues la historia nos enseña que existen pueblos rascios a la cultura y que, no pocas veces, las épocas anteriores revelan una moral más alta que las posteriores. Por ejemplo, la Francia de mediados del siglo XVII era una nación mucho más moral y culta que la de fines del XVIII. Cabe afirmar, como queda dicho, una mayor expansión de las ideas morales, pero sólo dentro de determinados círculos. Desde un punto de vista general humano, admito como probable que la idea de la humanidad, que históricamente sólo aparece representada en las grandes naciones, vaya incluyendo poco a poco a la humanidad entera, y en ello habría que ver un gran progreso moral interior. La historia no se opone a esta concepción, pero tampoco la revela. Debemos guardar-nos, sobre todo, de erigir esta concepción en principios de la historia.

Nuestra misión consiste en atenernos a nuestro objeto.

CONFERENCIA SEGUNDA

El concepto del progreso, al que hemos dedicado nuestras consideraciones preliminares, no es aplicable, como hemos visto, a todas las cosas. No es aplicable, entre otras, al entronque de las épocas en general, por cuya razón no podríamos decir que un siglo sólo sirvió, históricamente, para preparar otro. Tampoco es aplicable este concepto a las creaciones del genio en el arte y la poesía, la ciencia y el

estado, actividades todas que guardan una relación directa con lo divino: es cierto que destacan sobre el tiempo, pero los verdaderos frutos de creación son independientes de la relación entre el antes y el después. En este sentido, podemos decir, por ejemplo, que Tucídides, verdadero creador de la historiografía, sigue siendo, a su modo, una figura insuperada e insuperable.

Tampoco podría admitirse un progreso en la existencia individual moral o religiosa, que guarda también una relación directa con la divinidad. Lo único que podría concederse es que los conceptos de la moral anteriores al cristianismo adolecían de imperfectos; pero, después de aparecer el cristianismo, y con él la verdadera moral y la verdadera religión, ya no cabe progreso en este campo. También es verdad que entre los griegos, por ejemplo, imperaban ciertas ideas nacionales, como las relacionadas con la licitud de la venganza, que más tarde fueron depuradas por el cristianismo; pero eso no quiere decir que lo esencial del cristianismo fuese preparado por estados imperfectos anteriores a él: no, el cristianismo es una manifestación divina que aparece de súbito, sin preparación, y, en general, todas las grandes creaciones del genio presentan el sello de la inspiración directa. Después de Platón ya no puede haber otro Platón, y por mucho que reconozcamos los méritos de Schelling en materia de filosofía no estamos dispuestos a admitir que haya superado al filósofo griego. Este era y es insuperable por su lenguaje y su dicción, por lo que representa, en general, como fenómeno poético, lo cual no quiere decir que, en lo tocante al contenido, Schelling no haya sabido elaborar una masa mayor de materia, recibida de sus predecesores.

En cambio, sí debe admitirse un progreso en todo lo que se refiere al conocimiento y al dominio de la naturaleza. El conocimiento de la naturaleza se hallaba en mantillas entre los antiguos, quienes tampoco pueden compararse con nosotros, ni de lejos, en lo tocante al dominio del hombre sobre ella. Por lo demás, esto se halla relacionado con lo que nosotros llamamos expansión. La expansión de las ideas culturales y religiosas, de las ideas todas de la humanidad se halla sujeta a un progreso constante, y donde quiera que existe un foco de cultura, observamos en él la tendencia a irradiar en todas direcciones; pero sin que pueda afirmarse que el progreso avance sin altos ni interrupciones en todos los puntos. Por tanto, en las relaciones de orden más bien material, en el desarrollo y la aplicación de las ciencias exactas, así como en la incorporación de las diferentes naciones y de los individuos a la idea de la humanidad y de la cultura, el progreso es innegable.

En cambio, dentro del campo de las distintas ciencias del espíritu, principalmente de la filosofía y la política, cabe preguntarse si se observa en realidad un progreso. Por lo que a la filosofía se refiere, he de confesar que no me doy por satisfecho con la filosofía más antigua, tal como aparece desarrollada en las obras de Platón y Aristóteles, sin que necesite más. En lo formal, jamás se ha pasado de ahí, y en lo material vemos cómo los filósofos modernos, están volviendo a Aristóteles.

Otro tanto acontece con la política: los principios generales de esta ciencia aparecen registrados ya con la mayor seguridad apreciable por los antiguos, por mu-

cho que los tiempos posteriores hayan podido enriquecer el acervo de las experiencias y los intentos políticos. La política dentro de la que hoy nos movemos se basa, naturalmente, en situaciones históricamente dadas. Problemas como los de la monarquía constitucional o la monarquía por estamentos, etc., tienen, desde nuestro punto de vista, absoluta razón de ser, pero siempre en relación con las situaciones dadas; a nadie se le ocurriría afirmar que la idea de la monarquía lleva ya implícita la de los estamentos. Por tanto, lo único en que los tiempos posteriores aventajan a los anteriores es en que disponen de un mayor acopio de experiencias, en lo que a la vida política se refiere. Tampoco podría resolverse por medio de la ciencia un problema como el de la soberanía del pueblo o la soberanía del príncipe, que sólo puede ser resuelto por la vía histórica, como resultado de las luchas entre los partidos.

Pues bien, lo que dejamos dicho de la política es también aplicable a la historiografía. Nadie podría, como queda dicho, tener la pretensión de superar la grandeza de Tucídides como historiador; en cambio, sí puedo tener yo mismo la pretensión de aportar a la historiografía algo que los antiguos no aportaron ni podrían aportar, pues no en vano nuestra historia fluye con mayor caudal que la de aquellos tiempos; aparte de que hoy nos esforzamos en incorporar a la historia otras potencias que abarcan la vida entera de los pueblos; procuramos, en una palabra, enfocar la historia como unidad.

CONFERENCIA DECIMONOVENA

LA REVOLUCIÓN NORTEAMERICANA

¿Como explicarse que surgiera dentro de este nuevo mundo una nueva potencia, y dónde ocurrió esto por vez primera? Ocurrió en el continente de América, al emanciparse de Inglaterra sus provincias norteamericanas. Ahora bien, ¿cuál fué la idea que precedió esta emancipación? ¿Y cuál la abstracción que de ella trascendió a Europa?

Recordemos a este propósito que, después que hubo cobrado tan gran poder en Inglaterra el principio germánico-marítimo y el parlamentarismo, este país se estableció en Norteamérica colonias propias frente a las antiguas colonias españolas. Pero la mayoría de éstas fueron fundadas en oposición a la antigua tendencia inglesa, casi todas por elementos eclesásticos, católicos y protestantes, separados de la iglesia anglicana imperante en el país. Esta inmigración fué creciendo sin cesar, y con ayuda de ella, en el siglo XVIII, conquistaron los ingleses al Canadá, que había sido hasta entonces una colonia francesa.

Gracias a todo esto el principio germánico-protestante se impuso también y alcanzó inmensa importancia en Norteamérica. Era ésta, en realidad, una colonización anglo-protestante; que, venida a representar, en cierto modo, una protesta

contra la metrópoli. Las cosas, en Norteamérica, marcharon bien mientras en Inglaterra imperaron los principios de los *whigs*; pero, al subir al trono Jorge III, los *whigs* fueron derrocados y ganó el poder un nuevo ministerio *tory*, el cual no entendiá tan bien los negocios como sus antecesores ni mantenía relaciones tan estrechas y cordiales con las supremas autoridades de las provincias norteamericanas.

A este nuevo ministerio, preocupado por restaurar las quebrantadas finanzas de Inglaterra, no se le ocurrió recurso mejor para conseguir sus propósitos que imponer una serie de cargas fiscales a las provincias norteamericanas, cuya prosperidad iba constantemente en aumento. Y aun habrían podido las colonias de Norteamérica someterse a esta exigencia, si Jorge III no se hubiese encontrado, como rey, en una situación completamente distinta de la de todos los otros príncipes de la época. El monarca inglés hallábase vinculado al parlamento, y todos los impuestos debían ser previamente aprobados por esta institución. Los norteamericanos, en vista de ello, proclamaron la siguiente tesis: el parlamento sólo puede autorizar impuestos en nombre de quienes están representados en él; por tanto, las provincias de Norteamérica, por no tener representación parlamentaria, no podían ser obligadas al pago de impuestos.

Como se ve, la oposición que los norteamericanos hacían al pago de impuestos a la metrópoli no iba dirigida tanto contra la monarquía como contra el régimen parlamentario vigente, ya que desde el punto de vista norteamericano el estatuto parlamentario descansaba sobre el principio de que a nadie se le podía despojar de su propiedad sin causa fundada. En torno a esto se suscitó una enconada polémica sobre los fundamentos de la constitución política de la metrópoli y sobre si tenía o no carácter representativo. Los norteamericanos mantuvieronse imperterritos y el rey y su parlamento, exigieron que las provincias de Norteamérica pagasen, por lo menos, los impuestos relacionados con el comercio exterior, sobre las importaciones de té, vidrio, etc. Ni siquiera esta exigencia fué satisfecha por los norteamericanos, quienes empezaban a sentirse ya conscientes de su fuerza. Cerrando filas en defensa de sus intereses, disponíase incluso a acudirse las restricciones comerciales que les venían siendo impuestas por los ingleses.

Por aquel entonces, habían conquistado ya los ingleses gran parte de la India, y la existencia de la Compañía inglesa de las Indias Orientales permitía obtener té a bajo precio. Impusieron a este género un impuesto de exportación y exigieron que los norteamericanos lo pagasen con este recargo, el cual, sin embargo, no hacía subir el precio de la mercancía a más de lo que antes se pagaba por ella. Pero los *faímicos*, en las provincias de Norteamérica, estaban ya soliviantados y al desembarcar un cargamento de esta hierba aromática surgió en Boston la famosa revuelta del *té*, que fué, en realidad, el primer acto de franca rebelión contra la metrópoli. Las noticias de ella produjeron en Inglaterra gran disgusto e indignación; el rey ordenó que el puerto de Boston fuese bloqueado y que se empleara la violencia para hacer entrar en razón a los norteamericanos. En vista de que el monarca y el parlamento se coaligaron estrechamente ante el peligro, el movimiento norteameri-

cano fué dirigido también, a partir de ahora, contra la corona e inclinándose cada vez más a los principios populares de la constitución inglesa.

La guerra estalló en 1775. Pero jamás habría podido mantenerse si los norteamericanos hubiesen permanecido bajo la dominación de Inglaterra. Sucedió entonces algo verdaderamente memorable y que encierra una importancia extraordinaria para la historia del mundo: los norteamericanos abrazaron la tendencia republicana. Pero no como lo hicieron en su día los holandeses, conservando una forma de gobierno aristocrática. No; los norteamericanos fueron mucho más allá: declararon que no se hallaban ya obligados, individualmente, por las leyes vigentes en Inglaterra. Apoyáronse en los aspectos de la constitución inglesa en que ésta da al gobierno un carácter puramente representativo y cada cual se creyó autorizado a resistir a un gobierno en que no se hallaba representado. De esta idea de la representación a la república no habla más que un paso, el cual no tardó en darse. Surgió así una lucha entre estas dos corporaciones y la nación inglesa, que era, en el fondo, la lucha entre las tendencias realistas y democráticas, implícitas ambas en la constitución de Inglaterra.

... El conflicto habría podido resolverse perfectamente por la vía pacífica si ambas partes no se hubiesen aferrado apasionadamente a sus respectivos derechos. Es dudoso que los norteamericanos, por sí solos, hubiesen estado en condiciones de hacer valer sus pretensiones; pero encontraron apoyos en Europa, sobre todo el de las potencias gobernadas por los Borbones, comenzando por Francia y España. Entre países sentían, sobre todo en lo tocante a la política naval, una profunda hostilidad contra Inglaterra, de la que habían sufrido muchísimo en la Guerra de los Siete Años. Decididas a desembarazarse por todo lo medios de la supremacía inglesa por mar, aprovecharon la excelente coyuntura que les brindaba aquel conflicto planteado dentro de la nacionalidad anglo-española y tomaron abiertamente partido por la rebelión norteamericana, sin pararse a meditar en medio de su pasión que todos los gobiernos se basaban en el mismo principio de legitimidad contra el que asataban sus golpes las provincias de Norteamérica. En los años 1776, 1777 y 1778 víéronse los norteamericanos casi al borde de la ruina. Hasta que, por fin, gracias sobre todo a la ayuda que, por odio a Inglaterra, les prestó Francia por mar y por tierra, lograron que su causa triunfara e impusieron en la paz de Versalles el reconocimiento de su independencia como estado.

De este modo, al apartarse del principio constitucional vigente en Inglaterra para instaurar una nueva república, basada en el derecho individual de cada hombre, los norteamericanos dieron nacimiento a un nuevo poder; las ideas, como es sabido, se abren paso con mayor rapidez cuando logran una determinada representación: la que a esas ideas corresponde. Así surgió y fué, ganando autoridad en el mundo latino-germánico la tendencia republicana. La monarquía tiene que agradecerlo a la estirpe de los ministros de Jorge III de Inglaterra.

Ahora bien, ¿en qué consistía esta república norteamericana? Consistía, en primer lugar, en eliminar las influencias monárquicas que hasta entonces habían

existido. No había lucha alguna que librar en el interior: toda la sociedad siguió siendo lo que era, sin que se produjesen más cambios que la destitución de los gobernadores y subgobernadores nombrados por el rey y la designación de otros para sustituirlos. En segundo lugar, la implantación de la república vino a reunirse en un solo cuerpo estas provincias, ahora desvinculadas de la antigua metrópoli. Estos acontecimientos, que no dejaron de rodear de cierta fama los nombres de los personajes más destacados que en ellos intervinieron, la fundación de esta nueva comunidad y su venturoso desarrollo, tuvieron una extraordinaria repercusión sobre Europa.

Muchas gentes del viejo continente empezaron a pensar que era aquélla la forma de gobierno más barata y más apreciable que podía organizarse, pues mientras en Europa los súbditos tenían que obedecer de un modo incondicional, en la nueva república norteamericana no se reconocía más valor que el del hombre. Fue ahora, después de haber dado nacimiento a un estado, cuando cobró su importancia plena la teoría de la representación; todas las aspiraciones revolucionarias de los nuevos tiempos se enderezaron hacia esa meta. La joven república cobró un auge general y rápido, gracias a la propia capacidad de propagación de aquella generación y a los continuos refuerzos que recibía de Europa, y ello hizo que Norteamérica se convirtiera a la vuelta de poco tiempo en una de las más importantes naciones del mundo y que su influencia sobre Europa fuese incansante.

Era una revolución más profunda que ninguna de las que hasta entonces había presenciado el mundo, una inversión total del principio que había venido rigiendo. Antes, todo el estado giraba en torno al rey, ungido por la gracia de Dios; ahora, imperaba la idea de que el poder venía de abajo, del pueblo. En esto consiste la diferencia entre los antiguos estamentos y las actuales asambleas constitucionales, representativas. Aquellos eran análogos a la monarquía, puesto que descansaban, en mayor o menor medida, sobre títulos hereditarios; éstos, en cambio, nacen de la elección popular.

Estos dos principios se enfrentan a la hora actual como dos mundos antagonicos y toda la época moderna gira en torno al conflicto que entre ellos está planteado. El antagonismo entre estos dos principios no se había puesto aún de manifiesto en Europa, pero pronto habría de hacerlo estallar también en este continente la revolución francesa.

SOBRE LAS AFINIDADES Y LAS DIFERENCIAS EXISTENTES ENTRE LA HISTORIA Y LA POLÍTICA

... SON MUCHOS quienes niegan del modo más rotundo que los consejos de la historia puedan o deban ser tomados en cuenta para la ordenación de los estados. Pues, ¿acaso la historia — se dice — cuya misión consiste en transmitirnos el conocimiento de los tiempos pasados, tiene algo que ver con el mejoramiento de los estados presentes? No, añaden quienes así razonan, la creación o el mejoramiento de las constituciones de los estados reclama una ciencia totalmente distinta. La historia viene a disculpar, en cierto modo, los males ya arraigados al poner de manifiesto sus orígenes, pero la curación de estos males hay que ir a buscarla a los preceptos de una nueva ciencia, nacida en nuestros días: la política. La humanidad — sigue razonándose — progresa incansablemente, y lo que hay que preguntarse no es lo que otros hicieron en su tiempo, sino lo que nosotros tenemos que hacer hoy. Quien no se atreva a confiar en sus propias fuerzas, a marchar por caminos nuevos, aún no piados, hacia la conquista de cosas nuevas y mejores, acabará viendo en las relaciones humanas la triste imagen de las aguas estancadas o de los pantanos contaminados, en vez de ver en ellas la estampa alegre y optimista del río cantarino.

Hay que reconocer, en efecto, pues es innegable, que el recurrir a los consejos de la historia para gobernar a los estados presenta grandes dificultades, no sólo por las razones que pueden aducirse y que citábamos, sino principalmente porque la historia jamás nos transmite preceptos tan seguros, que nadie pueda dudar de su verdad. ¿Acaso no se ha abierto paso a la misma historia ese acucioso afán de innovaciones? Ha habido y surgen todos los días escritores que sólo buscan y encuentran en la historia aquello que encaja dentro de sus propias doctrinas políticas. Vemos reflejarse con no menor violencia en los relatos y en la indagación de los acontecimientos las mismas discrepancias de opiniones que desgarran a los estados en parcialidades y banderías. Los historiadores se enzarzan en disputas sobre la naturaleza y el carácter de la Edad Media, sobre los usos y costumbres primitivos de las naciones germánicas, sobre las virtudes de los hombres famosos de la antigüedad, sobre los orígenes y el punto de partida del género humano. La historia, lejos de mejorar la política, suele ser echada a perder por ésta.

¿Qué debemos, pues, pensar? Será verdad lo que dicen algunos, a saber: que en la ciencia humana sólo existe lo que puede darse por absolutamente seguro y cierto? ¿Conocemos los acontecimientos antiguos y su historia, o no los conocemos? ¿Nos es dado llegar a penetrar con exactitud en su naturaleza y en su esencia, o estamos condenados a ignorarlos por toda la eternidad?

¿No es posible acaso descubrir algún criterio que nos sirva para distinguir

los estados buenos de los malos, la organización de Tarento de la de Roma, para discernir entre la virtud y el vicio? Sería horrible, si así fuera: el hombre descendería al reino animal y todo, en su vida, quedaría entregado al capricho del ciego azar. No, nadie podrá negar que la naturaleza y la providencia divina de consumo nos permiten abundar en las causas de la dicha y el infortunio y distinguir entre las leyes buenas y las costumbres malas. Nadie afirmará que estemos condenados a una ceguera y a un ensombrecimiento de la inteligencia tan grandes como para ser totalmente incapaces de conocer lo que caracteriza a nuestra época y la distingue de otras.

Yo, por lo menos, no acierto a creer que nadie que piense cuerdatamente se atreva a sostener que el conocimiento del pasado no sirva para ser aplicado con provecho al presente y al porvenir, es decir, que no exista ninguna estrecha relación, ninguna afinidad entre la historia y la política. No cabe duda de que existe. Lo único que puede discutirse es qué clase de relación sea. Tal vez estemos ante un problema que no pueda plantearse, en los días que vivimos, sin exponerse al peligro de tropezar con los obstáculos opuestos por la ignorancia. Pero, no importa. Si no estoy muy equivocado, es tan necesario y tan útil su planteamiento, que no vacilo en abordarlo, a pesar de todos sus peligros. Vámonos a examinar, pues, las relaciones de afinidad existentes entre la historia y la política y a esforzarnos en señalar cuáles son los linderos entre estas dos ciencias, sus puntos de contacto y las diferencias que las separan.

Partiremos para ello de la historia, por ser la parte más conocida de las dos. Y empezaremos afirmando que su misión no consiste tanto en reunir y acoplar hechos como en comprenderlos. Y empezaremos afirmando que su misión no consiste tanto en reunir y acoplar hechos como en comprenderlos y explicarlos. La historia no es, como algunos piensan, obra de la memoria exclusivamente, sino que requiere ante todo agudeza y claridad de inteligencia. No lo pondré en duda quien se dé cuenta de cuán difícil es distinguir lo verdadero de lo falso y escoger entre muchas referencias la que pueda ser considerada como la mejor, o quien conozca aunque sólo sea de oídas aquella parte de la crítica que tiene su asiento en los alrededores de la historiografía.

Y, sin embargo, debemos reconocer que no es ésta más que una parte de la misión del historiador. Otra, más grandiosa aún e incomparablemente más difícil, es la que consiste en observar las causas de los sucesos y sus premisas, así como sus resultados y sus efectos, en discernir claramente los planes de los hombres, los extravíos con que los unos fracasan y la habilidad y la astucia con que los otros triunfan y se imponen, en conocer por qué unos se hundían y otros vencen, por qué unos estados se fortalecen y otros se acaban; en una palabra, en comprender a fondo y con la misma minuciosidad las causas ocultas de los acontecimientos y sus manifestaciones exteriores.

Eso es precisamente lo que la historia se propone, a eso es, principalmente, a lo que tiende. Ocurre con la historia exactamente lo mismo que con la ciencia de la

naturaleza, que no se contenta con estudiar cuidadosamente las formas de los seres naturales, sino que aspira a algo más alto, a conocer las leyes eternas por las que se rigen el universo y las diversas partes que lo forman y a remontarse a la fuente interior de la naturaleza de la que todo brota; por mucho que la historia se esfuerce en desplegar la sucesión de los acontecimientos con la mayor claridad y precisión posibles, restituyendo a cada uno de ellos su color y su forma primitivos, y aunque conceda a esto el máximo valor, no se detiene sin embargo aquí, sino que sigue avanzando hasta la investigación de los mismos comienzos y procura penetrar en las más íntimas palpitaciones de la vida de la humanidad.

Algunos creen poder remontarse a tales alturas como en un vuelo, pero se engañan y, no pocas veces, abrazando a una nube cuando creen tener en sus brazos a la diosa Juno, nos ofrecen fórmulas y soplos vacuos a título de verdad. Otros, en cambio, conscientes por un oscuro presentimiento de la precariedad de sus opiniones, van a refugiarse a los campos de la filosofía o la teología y acoplan a estas doctrinas sus escritos históricos. Pero, porque ellos incurran en estos yerros no hay que pensar que el fin que se han propuesto no exista en el mundo. Estos historiadores no alcanzan la meta de lo que es la historia, pero la meta existe. No logran la palma de la victoria, pero aparecerá un día el que, para decidir con las palabras de Horacio, retorne a la patria empuñando con un sentimiento de dicha celestial el trofeo conquistado en Elys. Sin embargo, éstos marcharán y llegarán a la meta, si no nos equivocamos, por un camino muy distinto del que aquéllos siguieron.

En efecto, como la historia, por su misma naturaleza, se ve obligada a rechazar todo lo que sean invenciones de la fantasía o sombras fantasmales, para admitir solamente lo absolutamente seguro y cierto, necesita tanto de la medida como de la audacia de espíritu, el cual deberá, por una parte, investigar el detalle con el mayor cuidado y procurando rebuir concienzudamente los errores, pero sin que, por otra parte, se disipe en la variedad multiforme de las cosas y pérdida de vista la meta final, de la que jamás debe apartar el ojo.

Y, aunque este método vea rigurosamente tratar de abarcarlo todo de primera intención, ofrece al historiador, en cada lugar, gozo y deleite infinitos. ¿Qué puede haber más agradable y más grato para el espíritu humano que penetrar en la médula misma, en el más profundo secreto de los acontecimientos y observar en esto o en el otro pueblo cómo se sientan los fundamentos de las cosas humanas, cómo nacen, crecen y prosperan las fuerzas de la historia? Y no digamos, cuando se logra, poco a poco, intuir con segura confianza en uno mismo o incluso llegar a conocer perfectamente, gracias a la sagacidad de la mirada, aguzada a fuerza de ver, hacia dónde marcha la humanidad en cada una de sus épocas, a qué aspira, qué es lo que logra y alcanza en realidad. ¿No es esto, en cierto modo, una parte de la sabiduría divina? En ella, precisamente pretendemos penetrar con ayuda de la historia, y esta ambición es la que constituye el norte de las aspiraciones de la ciencia histórica. A nadie se le ocurriría preguntarse si esto es o no útil. Basta con saber

que ninguna otra clase de sabiduría puede contribuir tanto como ésta a la perfección del espíritu humano.

Vemos ahora lo que se refiere a la política. No cabe duda de que ésta, sea arte o ciencia, consiste en la gobernación de los estados, razón por la cual debemos decir algo acerca de los mismos. En los estados se acusa por modo excelente, si no me equivoco, esa continuidad de la vida que atribuimos a la especie humana. Los hombres mueren y las épocas suceden las unas a las otras; los estados, en cambio, cuya duración de vida excede con mucho a la de los individuos mortales, gozan de una dilatación y uniformidad existencial. Ahí tenemos el ejemplo de Venecia. Desde que esta ciudad fue fundada en las lagunas del Mar Adriático, la vemos perseverar por el mismo camino a lo largo de un milenio, depositarse con el mar, intentar, ora por la artucia, ora por la violencia, la conquista de los países limítrofes, crear un poder secreto dentro del estado, favorecer al pueblo, oprimir a la nobleza, crecer, fortalecerse, florecer, decaer poco a poco y, por fin, desaparecer, de tal modo que quien repasa la historia de Venecia se imagina que está recorriendo y contemplando la misma duración y sucesión maravillosas de una vida humana a través de sus diversas edades.

El historiador romano Floro distingue, bastante hábilmente, diferentes edades en el estado romano. Claro está que, con el tiempo, también los estados sucumben y mueren; no sólo aquellos que se ven obligados a someterse a la ley y a la soberanía de un vencedor, sino también —cosa más sorprendente— los que salen vencedores e imponen su yugo a otros. Así, el estado romano no pudo mantener su vieja fisonomía de estado-ciudad ni su estructura propia desde que la ciudad de Roma empezó a dominar y gobernar el mundo. Quiere, en efecto, la naturaleza de las cosas humanas que la parte más vigorosa, ya salga vencedora o se vea obligada a abandonar el campo, vaya imponiéndose poco a poco y acabe destruyendo la peculiar fisonomía de la parte menos fuerte. Y esto precisamente es lo que hace que la vida no se destruya por completo, que siga discurrendo, aunque sea por canales distintos. Parece extinguirse, pero no es así: lo que hace es incorporarse a una comunidad más perfecta y fundirse con ella, engastando de ese modo una nueva vida y una serie distinta de acontecimientos íntimamente relacionada con la vida anterior y retroactivamente enlazada a ella.

Ahora bien, si nos preguntamos qué es lo que de este modo da vida a un estado, vemos que ocurre aquí como en el hombre cuya vida se encierra en su espíritu y en su cuerpo, pero de tal modo que del espíritu, como de la parte más importante, depende todo lo demás. Y aunque no nos sea dado sacar a la luz lo recóndito, poder al demandado y señalar con nombres adecuados el alma y sus funciones, la fuente y el río de la vida, sí podemos observar lo que aparece ante nuestros ojos y descubrir a la luz de ello, por medio de la reflexión, los misterios de las cosas más remotas. El espíritu no puede ser tocado con las manos ni contemplado por los ojos: hay que conocerlo por sus efectos y sus resultados. Muy necios tendríamos que ser para pensar que a Dios se le puede ver con los ojos de la crea-

Y, sin embargo, a nadie se le ocurrirá dudar de que existe y de que todo nace y emana de su existencia.

Llegamos así a lo que nos habíamos propuesto demostrar. Vemos cómo los estados y los pueblos, ya se metieran dentro de marcos amplios o estrechos, viven y florecen siempre con arreglo a sus propias costumbres, las cuales no suelen compartir con otros pueblos, con arreglo a sus leyes peculiares y a tono con sus propias y especiales instituciones. Es evidente, pues, que cada uno de ellos tiene su carácter propio y específico, distinto del de los demás, y una vida peculiar, producto de todo lo que ese pueblo posee y hace. Y, siendo así, no es difícil comprender cuáles son el deber y la misión de quienes gobiernan los estados.

¿Podrán gobernar bien un estado, cumplir bien con su misión de gobernantes, quienes, presos de los prejuicios que ciertas opiniones tentadoras imponen a su espíritu, tienden a considerar como anticuado y ya inaplicable todo lo anterior, lo desprecian y tratan de dejarlo a un lado por inútil, se colocan de espaldas por sistema ante las formas y las leyes consagradas por la tradición para dejarle llevar solamente de lo nuevo y tratan, en una palabra, de transformar un estado que no conocen? A mí me parece que tales gobernantes no pueden cumplir con su deber que más bien son aptos para demoler que para construir.

Escuchemos a un hombre muy experimentado en la vida política. "Todo pueblo —dice Cicerón—, toda comunidad instituida por el pueblo, todo estado, que es cosa del pueblo, tiene, si quiere permanecer, que ser gobernado con arreglo a un determinado plan". De suyo se comprende hasta qué punto este criterio coincide con el nuestro. La vida, por ley de la naturaleza, huye siempre de la muerte y aspira a su propia conservación. Por eso, tenemos que considerar como el *summum* de la sabiduría política el que quienes tienen como misión regentar los cargos públicos y gobernar esta o aquella parte del estado cuiden de éste, lo conserven y laboren día tras día para su fortalecimiento y perfección. Y el propio Cicerón nos dice, en el mismo pasaje, lo que para ello tienen que hacer: "Este plan debe remanerse siempre a la causa fundamental a que debe su nacimiento el estado". En esta causa fundamental residen, en efecto, la fuente y el origen de esa vida interior de que hablamos. Y así como el timonel de un barco debe conocer la diferencia que existe entre un buque de guerra y una nave de carga, no deberá empujar el timón de un estado nadie que no conozca a la perfección, no ya las condiciones del mar por el que navega, sino sobre todo la naturaleza del estado que rige; quien la ignore, lo mejor que puede hacer es soltar el gobierno, para que lo empunte otro. De continuar en su puesto, sólo conseguirá, cualesquiera que sean sus designios, destruir las instituciones por cuya conservación tiene que velar, entorpecer y hacer irrespirable el aire en que el estado ha de vivir. Más aún, y con ello creemos expresar claramente nuestro pensamiento: para descollar en política es necesario hallarse íntimamente comprometido, hermanado, con la esencia misma del estado que se gobierna!

Hasta aquí, hemos examinado separadamente las funciones de la historia y

de la política, los linderos que separan entre sí a estos dos campos de estudio. Sentado esto, no será difícil llegar a establecer qué relaciones existen entre ambos, cuáles son sus similitudes y sus diferencias.

En primer lugar, es evidente que ambos tienen un fundamento común. En efecto, no existiendo como no existe más política que la que se basa en el conocimiento perfecto y minucioso del estado que se trata de gobernar—el cual conocimiento sería inconcebible sin el de lo acaecido en épocas anteriores—y siendo precisamente la historia la ciencia que ofrece o, por lo menos, aspira a ofrecer ese conocimiento, es evidente que exista entre ambas actividades, en este punto, la más estrecha afinidad. No es que pretendamos nosotros sostener que la política exija un conocimiento perfecto de la historia, pues la inteligencia humana se halla dotada, a veces, de un sentido de sagacidad que le permite penetrar en la naturaleza de las cosas como por inspiración divina. Ni es tampoco nuestro propósito preconizar un método especial de educación para los hombres llamados a gobernar los estados.

Lo que aquí hacemos es investigar la esencia de las cosas, sin preocuparnos de que una cultura cuidadosamente adquirida o una especie de profética intuición puedan ser caminos más adecuados para escalar aquella altura a que nos referimos. Y así, nos damos cuenta de que la misión de la historia consiste en poner de manifiesto y hacer comprender la naturaleza del estado a la luz de los acaecimientos del pasado, y la de la política en desarrollarla y perfeccionarla, después de conocerla y comprenderla bien. El conocimiento del pasado es siempre imperfecto sin el del presente; del mismo modo que es imposible entender bien el presente sin conocer el pasado. Una y otra cosa se dan la mano, sin que ninguna de las dos pueda existir, o por lo menos llegar a ser perfecta, sin la otra.

No se crea, sin embargo, que yo soy de los que piensan que no puede haber nada nuevo bajo el sol. Sabemos por experiencia que, por ser la naturaleza humana propensa al error, las cosas humanas tienden fácilmente a empeorar y no a mejorar. Vemos que, para que la vida prograse y se mantenga constantemente en marcha, es necesario abordar diariamente empresas nuevas y tienen que producirse, de vez en cuando, tormentas y contracciones. La sabiduría política, a nuestro modo de ver, no consiste tanto en mantener las cosas tal y cómo están, sino más bien en hacer que crezcan y marchen hacia adelante. La humanidad dista todavía mucho, muchísimo, de haber llegado a la perfección. Y si el hombre no siguiera aspirando a llegar a esa supremacía cumbre, podríamos decir que la historia había alcanzado ya su último límite y su eterna meta final.

Tales son las similitudes y las diferencias entre la historia y la política, tal como nosotras las concebimos. Ambas encierran a la par una ciencia y un arte. Como ciencias, guardan entre sí la más íntima relación, pero de tal modo que la una vea más bien sobre el pasado y la otra vea más preferentemente sobre el presente y el porvenir. Mucho mayores son las diferencias que las separan, consideradas como artes. La historia forma parte de la literatura, pues su misión con-

siste en hacer ver de nuevo cómo ocurrieron los sucesos y cómo eran los hombres del pasado, guardando el recuerdo de ello para todos los tiempos. La política, en cambio, es en todo y por todo acción, ya que aspira a mantener a los hombres unidos por medio de los nexos del estado, a preservar la paz entre ellos mediante la sabiduría de las leyes, a enlazarlos entre sí por obra de la obediencia libre, en una palabra, a hacer que se comporten bien y rectamente, lo mismo en la vida pública que en la vida privada. Entre la historia y la política media casi la misma diferencia que en la vida privada. Entre la historia y la política práctica: la primera recae sobre la escuela; sobre el hombre desinteresado, ajeno a los negocios, la segunda sobre el foro, sobre las discusiones y los litigios públicos; la una se practica en la sombra, la otra se ejerce más bien a la luz del día; aquella se contenta con conservar, ésta no sólo conservar, sino que además crea algo nuevo.

Me parece escuchar voces que me dicen, a título de objeción, que hay aspectos de la política que nada tienen que ver con la historia, sin embargo de lo cual revisen una importancia muy grande; en ella se discuten las leyes naturales de los estados, no sólo el trato que debe darse a la agricultura y a la riqueza forestal, sino también el mejor modo de ganar y gastar el dinero, la administración de las ciudades y de la justicia, la elaboración y la aplicación de las leyes. Nada más lejos de nuestro ánimo que desdenar una ciencia como ésta, tan rica en agudeza, en verdad y en utilidad. Antes bien, la reputamos como una ciencia tan necesaria para el estado como la medicina para el hombre. También la sociedad humana tiene, en cierto modo, su cuerpo. La economía del estado nos enseña cómo funcionan y se hallan enlazados entre sí los miembros de este organismo, pone ante nuestra vista sus arterias y sus venas, los lugares en que se encuentran el oxígeno y la sangre, nos indica cómo debe mantenerse la salud del organismo del estado y cómo deben curarse o prevenirse sus enfermedades. Y su importancia es tanto mayor cuanto que el descuido de sus enseñanzas acarrea perjuicios, a veces funestos, no sólo para uno, sino para todos.

Pero esto no menoscaba en lo más mínimo nuestras anteriores observaciones. En primer lugar, el historizador necesita tanto como el político conocer al dedillo estas cosas, ya que de la salud o las enfermedades del estado toman origen y pocas veces los acontecimientos que él está llamado a investigar. Y, en segundo lugar—y esto es lo más importante—esa ciencia no posee el prestigio y la importancia necesario para que pueda hacerse depender de ella toda acción política. Pues, así como el hombre fuerte y sano, aunque siga las prescripciones médicas, no se deja llevar de ellas con una obediencia tan grande que someta toda su vida a las órdenes del médico, con la misma docilidad que el hombre enfermo, los estados naciones y sabios procuran guardar las leyes de la economía del estado y las cumplen tícidamente, pero sin acatarlas tan ciegamente que no sepan hacer otra cosa que seguir al pie de la letra y obedecerlas de un modo servil. Existen, para ellos leyes de importancia superior, puntos de vista más altos y más grandiosos, que responden a los impulsos de la vida interior, que se apoyan en el espíritu y el

corazón, en una palabra, que hacen al hombre copartícipe de la libertad divina.

Y, al llegar aquí, nos sale al paso otra diferencia entre estas dos disciplinas tan íntimamente relacionadas entre sí. La historia es, por naturaleza, universal. No puede negarse que existen historiadores que consagran todos sus afanes a su patria chica, a su estado, que se limitan a iluminar con sus estudios un rincón oscuro del planeta. Pero, al obrar así, lo hacen movidos más bien por una cierta predilección, por un impulso piadoso o por una inclinación, de suyo muy digna de elogio, a laborar afanosamente, por aquel afán de conocimiento que caracteriza a la ciencia y que, sustentándose sobre la convicción de que nada humano le es ajeno, tiende a abarcar la órbita entera de todos los siglos y de todos los reinos.

No ocurre así, ni mucho menos, con la política, la cual versa siempre sobre un estado concreto, se ejerce en provecho de este y, por tanto, depende necesariamente de su propia naturaleza y se circunscribe dentro de determinados límites. Nadie podría ser tan ambicioso como para proponerse gobernar todos los estados de la tierra. Quien sea capaz de regir uno solo, puede darse por satisfecho. Son incontables quienes se proponen empuñar el timón de la nave de un estado y contadísimos los que no se ven obligados en seguida a soltar las riendas del gobierno. Y es que este arte requiere como ningún otro la sagacidad de espíritu y la fuerza de genio hechas para descubrir las cosas y penetrar en ellas por medio del pensamiento, a la par que una gran valentía de alma, y es, si no me equivoco, la más difícil de todas las artes.

Por donde volvemos a nuestro punto de partida. Los filósofos del siglo pasado no estaban en lo cierto cuando trataban de cavilar una doctrina universal apta para gobernarlo todo. Por este camino se rehuye el esfuerzo tenaz de los estudios llamados a conocer los detalles de las cosas; sentían aquellos filósofos tal asco de la innegable corrupción de las cosas públicas hacia la que, de largo tiempo atrás, se habían ido deslizado muchos estados, que soñaban con poder transformarlo todo a la luz de un arquetipo universal de estado y proponiendo las mismas leyes y una forma de estado común para los más diversos pueblos.

Se explica que, obsesionados por esta idea, intentasen rehacerlo todo y llegasen a considerar como la más importante y meritoria de las empresas relajarse, atacar y destruir las instituciones heredadas del pasado, pronosticando que de ello saldría el comienzo de una era de dicha universal, el retorno de la humanidad a la edad de oro. Pero, pronto hablan de darse cuenta ellos mismos de que el hombre no puede impunemente echar a rodar ni convertir en pato de discordias y discusiones los elementos y rudimentos de las cosas sobre que se cimienta la sociedad humana; pronto había de enseñarles la realidad que cada estado tiene sus características propias y peculiares, las cuales es posible, tal vez, desplazar por la fuerza y la violencia, pero que no es fácil destruir ni anular; pronto hablan de pecar, finalmente, en una amarga experiencia personal, de la codicia y el afán de poder de las fuerzas del mal, por ellos mismos desencadenadas. Y así, aquellos

hombres, aunque por el momento hubiesen limpiado la atmósfera de sus miserias, concitaron sobre la humanidad inmensas desdichas y aun hoy, como demuestra el ejemplo de España, siguen causando males al estado.¹

La Historia, catedral que vengo ocupando en esta universidad desde hace algunos años y de la que hoy tomo posesión en solemne acto, es estudio en el que se cifran innumerables virtudes y se pone todo, como hemos visto, una: la de abrir el camino a una política sana y cierta, disipando las sombras y los engaños que, en estos tiempos en que vivimos, oscurecen y fascinan las mentes de los mejores hombres.

Hay quienes gustan de repetirnos hasta la saciedad que la época en que nos ha tocado vivir, por la excepcional pericia de las artes y las industrias, por la propagación de la cultura en todos sus aspectos entre las capas más profundas del pueblo, por la penetración y el sentido general de humanidad que la caracterizan, supera a todas las anteriores a tal punto que no puede tomar ejemplo de ellas, y menos sacar de ellas una ley o norma de conducta. El hombre considera, a veces, como un signo de grandeza no respetar en lo más mínimo a sus padres y antepasados. Otros, en cambio, aseguran que nuestra época es la peor de cuantas han existido, que carece de las virtudes de la piedad, la religión, la valentía y la justicia, y hasta exclaman jermisacamente que la magnitud y el número de sus vicios y defectos hace desesperar de que sea posible corregirla. A los primeros sólo les satisface lo nuevo y lo inaudito, lo único que según ellos cuadra al carácter jamás visto de las circunstancias que hoy se viven; los segundos, por el contrario, sólo aprueban lo que aparece consagrado por el prestigio de la Antigüedad y procuran marchar, dentro de lo posible, siguiendo las huellas de los antepasados.

Pero la historia nos enseña que cada época tiene sus propios defectos y abriga su peculiar capacidad para la virtud, y al enseñarnos esto, nos enseña que no tenemos razones para dejarnos llevar de la desesperación ni para encastillarnos en el orgullo o en la soberbia. Y otra cosa aprendemos de ella, a saber: que a cada época, a la nuestra como a todas, le está trazada y señalada su propia misión, siendo deber de los hombres que en ella viven ayudarla a que la cumpla del mejor modo posible. Finalmente, la historia nos enseña que las cosas humanas no están regidas por un destino ciego e inexorable ni guiadas por ninguna clase de fantasmagorías, sino que son llevadas siempre a buen término por la virtud, la inteligencia y la sabiduría de los hombres. Esta es la ciencia que deben albergar en su espíritu, quienes vianan a las aulas a aprenderla, la ciencia por cuyo camino nos ordenan marchar, de consuno, la patria, el ejemplo de la Antigüedad y de los nuevos tiempos y la misma naturaleza y necesidad de las cosas.

¹ Escrito en 1896 (Ed.).

HISTORIA Y FILOSOFÍA

Asimismo con frecuencia a una pugna que tiene como contendientes una filosofía poco meditada y la historia. Se parte de ideas apriorísticas para llegar o pretender llegar a conclusiones sobre lo que debiera ser. Se pretende descubrir esas ideas en la historia universal, sin percatarse de que se hallan expuestas a no pocas dudas. Y, en tal empeño, se entretasa de entre la muchedumbre infinita de hechos aquellos que parecen corroborar las ideas preconizadas.

Suele llamarse a esta filosofía de la historia. Una de las ideas continuamente manejadas por la filosofía de la historia como postulado irrecusable es la de que la humanidad marcha por un camino de progreso ininterumpido, en un proceso constante de superación. Fichte, uno de los primeros filósofos entregados a esta tarea, admite cinco épocas en lo que él llama plan universal: en la primera, la razón tiende a imponerse por medio del instinto; en la segunda, domina por medio de la ley; en la tercera, la humanidad se libera por obra de la autoridad de la razón; en la cuarta, impera la razón convertida en ciencia; en la quinta, la razón es ya un arte. Dicho en otros términos: inocencia, pecado incipiente, consumación del pecado, justificación incipiente y justificación consumada; sobre poco más o menos, las mismas épocas que pueden observarse en la vida del hombre.

De ser cierto este esquema u otro por el estilo, la historia general tendría que seguir la línea de progreso que la humanidad sigue en la indicada dirección, de una época a otra: el historiador cumpliría su misión, desarrollando estos conceptos del modo como aparecen y se realizan en el mundo. Pero las cosas distan mucho de ser tal y cómo aparecen representadas aquí. En primer lugar, los propios filósofos discrepan extraordinariamente acerca del carácter y la selección de esas ideas al parecer imperantes. En segundo lugar, procuran cuerdamente fijarse tan sólo en algunos pueblos de la historia universal, considerando la vida de los demás como si no existiera o como si no fuese otra cosa que un simple aditamento. De otro modo, no podría ocultarse ni por un instante que los pueblos del mundo, desde sus orígenes hasta el momento actual, han vivido y viven en las condiciones más diversas.

Hay, en efecto, dos caminos para llegar a conocer las cosas humanas: uno es el del conocimiento de lo concreto, otro el de la abstracción; uno es el camino de la filosofía, otro el de la historia. No ciben otros, y la misma revelación engloba los dos caminos señalados: el de lo abstracto y el de la historia. Es, pues, necesario mantener separadas estas dos fuentes de conocimiento.

Pero, sea lo que sea, hay que decir también que yerran los historiadores que sólo ven en la historia una inmensa amalgama de hechos retenidos en la memoria, enlazados unos con otros y todos ellos enlazados en una moraleja general. A mí me parece que la historia, en el sentido perfecto de la palabra, puede y debe remontarse por caminos propios de la investigación y el examen de lo concreto

hasta una concepción general de lo accedido, hasta el conocimiento de su trabazón objetiva.

Son dos, a mi modo de ver, las condiciones que han de reunirse para que se dé el verdadero historiador. La primera el goce y la fruición de lo concreto como tal. Quien sienta verdadera simpatía por esta criatura multiforme que es el hombre y que es la humanidad, por estar ser que es siempre el mismo y siempre otro, a la par bueno y malo, noble y bestial, regañado y soaco, preocupado de lo eterno y pendiente del instante, feliz y desdichado, contento con poco y lleno de grandes ambiciones: quien se sienta atraído por la realidad viva del hombre como tal, sentirá siempre una gran complacencia en ver cómo ha vivido esta criatura en todas y cada una de sus épocas, sin preocuparse para nada del progreso de las cosas; estudiará con concentrada atención las virtudes de que hace gala y los vicios que en él se manifiestan, su dicha y su infortunio, el desarrollo de su naturaleza bajo tantas y tan variadas condiciones, su intuición y sus costumbres, observará cuanto con él se relaciona, los reyes puestos al frente de sus gobiernos, la sucesión de acontecimientos y sucesos de sus naciones, la trayectoria de sus empresas más salientes; todo ello sin ningún fin ulterior, simplemente por la alegría que produce el contemplar la vida en sus realidades concretas, del mismo modo que nos recreamos en la contemplación de las flores sin pensar en la clase de Linneo o en el género o la especie de Oken en que puedan catalogarse, en una palabra, sin preocuparse de cómo se manifiesta el todo en el detalle de lo concreto.

Pero esto no basta. El historiador, y es esta la segunda condición a que aludimos, tiene que levantar, además, la mirada a lo general. No cavilando de antemano como el filósofo, sino esforzándose porque a través del estudio del detalle se le revele la imagen del todo a que se ajusta la marcha del mundo. Pero, bien entendido que esta marcha de las cosas no guarda relación con los conceptos generales que hayan imperado en esta o la otra época, sino con algo completamente distinto.

No hay ni ha habido sobre la tierra ningún pueblo sieno a todo contacto con otros. Se lo impide su naturaleza peculiar, y esta cualidad es la que manifiestan en la historia universal todos los pueblos y la que es necesario destacar en la historia general. Ahora bien, hay algunos pueblos que se destacan por sobre los otros de la tierra gracias a su poder y que ejercen por esta razón una influencia sobre los demás. De ellos principalmente irradian las transformaciones que el mundo experimenta para bien o para mal. Por tanto, la atención del historiador deberá enfocarse, no hacia los conceptos que parecieran imperar en algunos, sino hacia los pueblos mismos que representan, un papel activo en la escena de la historia, hacia las influencias que ejercen los unos sobre los otros, hacia las luchas que entre sí sostienen, hacia la trayectoria que desarrollan dentro de estas relaciones pacíficas o guerreras.

Nada sería más falso que ver en las luchas de las potencias históricas, pura y simplemente, la acción de la fuerza bruta, que valdría tanto como no ver más

que su aspecto perecedero: jamás ha existido un estado sin una base espiritual y un contenido espiritual. El poder de por sí no es otra cosa que la forma de manifestarse un ente espiritual, un genio propio dotado de vida propia, que se ajusta a condiciones más o menos peculiares y que se crea su órbita propia de acción. Pues bien, la misión de la historia consiste en percibir, en observar esta vida, que no es posible señalar por medio de un concepto o de una palabra. El espíritu, tal como se manifiesta en el mundo, no tiene ese carácter conceptual: llena con su presencia todos los límites de su existencia y no hay en él nada casual, pues sus manifestaciones tienen su fundamento en todo.

A P E N D I C E